



Los laicos: Iglesia en diálogo con el mundo

Dr. Gustavo Andújar

«Desde fuera no se salva al mundo. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hasta cierto punto hacerse una misma cosa con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo; hace falta compartir —sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible— las costumbres comunes, con tal que sean humanas y honestas, sobre todo las de los más pequeños, si queremos ser escuchados y comprendidos. Hace falta, aun antes de hablar, escuchar la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, donde lo merezca, secundarlo. Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el mismo hecho con el que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio.»

Pablo VI, *Ecclesiam suam*, 33

Los laicos, Iglesia en el mundo

En casi todos los aspectos que han abordado hasta ahora mis compañeros ponentes, podemos apreciar que los laicos tienen un papel protagónico. No me refiero aquí a ese protagonismo de vedette —que es tal vez el primero que viene a la mente cuando se menciona la palabra, condicionados como estamos por el mundo del espectáculo—, el de aquel o aquella que desempeña el papel más importante (“el muchacho” o “la muchacha” de la película, como se decía cuando yo era niño), el que atrae la mayor atención, sobre quien se concentran todos los reflectores de la escena y quien recibe al final la mayoría de los aplausos. No. No es a ese protagonismo alimentador de vanidades que me refiero, sino a un protagonismo más fiel a la etimología de la palabra, que viene del griego $\pi\rho\ \tau\omicron\nu\nu$ (proton), que significa «el primero» y $\gamma\omega\nu\ \alpha$ (agonia), que significa «lucha, combate»: el primero en la lucha. Pero como quiero además restarle cualquier connotación de confrontación, de batalla, prefiero decir «el primero en el esfuerzo». Es a ese protagonismo que me refiero: al que se expresa en la disposición a asumir la propia responsabilidad, por más que cueste. Ése es el protagonismo que identifico en los ejemplos citados por mis compañeros. Ése sí, quiero añadir, es un protagonismo que vale la pena buscar.

Y no es solamente que los laicos seamos la inmensa mayoría de los miembros de la Iglesia. Es que nos corresponde, de modo especial, hacer presente a la Iglesia en el mundo. En aquellas palabras del Concilio Vaticano II que tan familiares nos resultan, «...El carácter secular es propio y peculiar de los laicos... A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, con su fe, su esperanza y caridad.»¹

Es grande esta responsabilidad de ser la cara de Cristo que la Iglesia muestra con mayor cercanía, con mayor inmediatez, al mundo, y la Iglesia ha reflexionado mucho sobre cómo debemos hacerlo.

Un importante testimonio anónimo de la vida de la primitiva comunidad cristiana, escrito en género epistolar, y cuya elaboración muchos estudios sitúan hacia finales de siglo II, la «Carta a Diogneto», expone, con tal actualidad que frecuentemente se cita como modelo a tener en cuenta también hoy², cómo nos proponemos los cristianos que sea nuestra participación en la sociedad:

«Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por su modo de vida. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres.

Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble... Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho.

¹ Concilio Vaticano II, *Constitución Dogmática sobre la Iglesia Lumen gentium*, N. 31

² Guzmán Carriquiry, *Católicos y vida pública en América Latina*, I Congreso de Evangelización de la Cultura, Pontificia Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 3-5 de noviembre de 2006

Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes...

...Tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, del que no les es lícito desertar. »

El estilo de participación de los cristianos en la sociedad, tal como lo describe la carta a Diogneto, es el de mezclarse en el mundo asumiendo todo lo asumible, para allí marcar el contraste e inquietar a quienes nos rodeen, mediante el testimonio de una vida ordinaria, vivida extraordinariamente.

No es ésta, sin embargo, la única modalidad posible. Durante los últimos 25 años se ha desarrollado un debate, por momentos enconado, entre los proponentes de dos estilos diversos de presencia de la Iglesia en la sociedad, a veces presentados como contrapuestos.

Cristianos de presencia y cristianos de mediación

Es bueno siempre conocer el contexto en que surgen y se manejan los conceptos, al igual que las tensiones que los rodean y que polarizan los debates. En este relato seguiré la presentación que hace de estos acontecimientos³ el P. Luis González-Carvajal, profesor de Teología de la Universidad de Comillas, autor de un pequeño libro⁴ que se ha convertido en referencia obligada sobre el tema.

Del 9 al 13 de abril de 1985 se celebró en Loreto, Italia, el II Congreso Nacional de la Iglesia Italiana. El día 11, Juan Pablo II pronunció unas palabras en las que pedía el «compromiso unitario» de los católicos. Según el contexto, se refería a la esfera de lo sociopolítico. Tal vez el Papa sobreestimó la capacidad del auditorio para recibir equilibradamente su indicación, o tal vez subestimó el grado de apasionamiento con que cada grupo defendía su enfoque y desconocía que los ánimos estaban caldeados por una serie de acontecimientos previos, el caso fue que aquel breve párrafo provocó un enorme revuelo, que algunos describieron como “un maremoto”.

Algunas semanas antes, el presidente de la Acción Católica Italiana había publicado un artículo en el que defendía la incorporación de los cristianos a organizaciones promovidas por grupos no cristianos. Un redactor de *L'Osservatore Romano*, militante de *Comunión y Liberación*, le replicó muy duramente, sin mencionar el nombre del autor criticado, pero citando textualmente partes de su artículo. El diario *Avvenire*, dirigido por miembros del mismo movimiento, terció en la polémica apoyando al redactor de *L'Osservatore* y subiendo el tono de las críticas.

Así las cosas, comenzó el Congreso, y el teólogo napolitano Bruno Forte leyó una ponencia titulada «*El camino de la Iglesia en Italia después del Concilio*». En ella abordaba la tensión existente entre los que llamó «cristianos de presencia», partidarios de promover obras propias desde las cuales hacerse presentes en la sociedad, y los «cristianos de mediación», partidarios de mezclarse con los demás ciudadanos en espacios de carácter no confesional.

Los «cristianos de presencia» –según la clasificación de Bruno Forte– se proponen constituir una fuerza de choque o un bloque compacto, que sean un claro signo cristiano ante un mundo en crisis. Pretenden formar grupos bien cohesionados de cristianos confesionalmente identificados, que aseguren una presencia explícita, militante y, si es preciso, polémica, frente a los grupos no cristianos y en oposición a los valores representados por éstos. El nombre destaca el hecho de que propugnan una «presencia militante» de los valores cristianos como alternativa, y aun en oposición a las corrientes de pensamiento y a los movimientos políticos de matriz no cristiana. No es que se niegue necesariamente el diálogo o la colaboración con los no creyentes o con aquellos que se sitúan fuera de la comunión eclesial, pero sí se afirma la importancia de una presencia pública de los cristianos de forma asociada.

En su ponencia, Forte llamó «cristianos de mediación» a quienes prefieren vivir su fe «en la frontera», viviendo su militancia cristiana en medio de los no cristianos, y contribuyendo, con su presencia en la sociedad bajo la forma del fermento y la levadura, a que los valores del Reino penetren en la sociedad y a que la sensibilidad y aspiraciones de la sociedad penetren en la Iglesia. El nombre alude al deseo de ser mediadores entre la cultura en la que se encuentran inmersos y los valores cristianos que propugnan.

Debo aclarar que se trata de tendencias, estilos, y no moldes rígidos e inamovibles. No imaginemos a los cristianos de presencia como incapaces de colaborar con quienes están fuera de la Iglesia, ni a los cristianos de mediación como enemigos jurados de los hospitales católicos. Lamentablemente el debate ha sido a menudo ácido, como muestra aquella irónica descripción de Louis Evely sobre lo que llamamos en este contexto cristianismo de presencia: «*Confiamos nuestros hijos a una guardería católica, a un buen colegio católico y a una universidad católica. Luego procuraremos integrarlos cuanto antes en un sindicato católico, en una mutual católica, en un círculo católico y en un club deportivo católico. Y cuando haya muerto en una clínica católica, entre las manos de un médico católico, aquella sal de la tierra no habrá salado nunca nada, y aquella levadura siempre habrá estado cuidadosamente preservada de la masa*»⁵. Es una caricatura, una descripción llevada al extremo. Evely se refiere a unas presuntas instituciones católicas sectarias, abiertas a los católicos y cerradas a cal y canto a los demás. Aunque hayan existido y tal vez

³ Luis González-Carvajal, *El pluralismo social y la Iglesia*, ponencia presentada en las Jornadas de Reflexión de la Familia Marianista, Madrid, 20 de noviembre de 2006. Publicada en www.marianistas.org

⁴ Luis González-Carvajal Santabárbara, *Cristianos de presencia y cristianos de mediación*, Santander, Sal Terrae, 1989

⁵ Louis Evely, *Credo. El Símbolo de los apóstoles*, Barcelona, 1968, pg. 299.

existan aún tales instituciones, realmente no tienen que ser así y, en la mayoría de los casos, hoy en día no lo son. En Tailandia, por ejemplo, que es un país de mayoría budista, donde los cristianos son una minoría exigua, la iglesia ha alcanzado una notable presencia pública y disfruta de un gran prestigio gracias a las escuelas católicas, reconocidas por sus elevados estándares de calidad y cuyo estudiantado refleja la composición de la población tailandesa, con su gran mayoría budista. Son escuelas católicas porque están inspiradas en los valores del Evangelio y están dirigidas por religiosos católicos, pero no es un requisito para ingresar en ellas profesar la fe católica. Escuelas así dan una oportunidad a sus estudiantes –también a los no católicos– para conocer de primera mano qué es la Iglesia católica, quiénes son los que la forman y qué valores promueven en la sociedad en que están insertos.

En su ponencia en el Congreso de Loreto, Forte se pronunció abiertamente por el estilo de los «cristianos de mediación». Expresó su satisfacción por el debilitamiento de los vínculos tradicionalmente existentes entre la Iglesia italiana y la Democracia Cristiana, y terminó diciendo: *«El mensaje del Evangelio no puede identificarse con ninguna propuesta mundana, con ninguna ideología, y por esto tampoco la Iglesia desea ser identificada con ninguna fuerza histórica, grupo de intereses o partido».*

Algunos demócratacristianos se sintieron ofendidos, pero fue mucho más fuerte la reacción de algunos miembros de dos movimientos laicales que unos meses antes habían lanzado la idea de crear un nuevo partido católico, más fiel a la jerarquía que la Democracia Cristiana.

Fue en este contexto que se produjo el discurso del Papa a que hicimos referencia anteriormente. El párrafo que desató el “maremoto” fue el siguiente:

«La historia nos recuerda que a lo largo del desarrollo de los acontecimientos no han faltado tensiones y divisiones, pero siempre ha prevalecido la tendencia hacia un compromiso que, en la libre madurez de las conciencias cristianas, no podía dejar de manifestarse unitario, sobre todo en los momentos en que lo ha requerido el bien supremo de la nación. Esta enseñanza de la historia sobre la presencia y el compromiso de los católicos no se ha olvidado; más aún, en la realidad de la Italia de hoy se mantiene presente en el momento de las opciones responsables y coherentes que el ciudadano cristiano está llamado a tomar».

La expresión “compromiso unitario” fue interpretada por algunos como confirmación de sus propias opiniones en el sentido de que los católicos deben votar en bloque por un partido y por candidatos claramente identificables como católicos.

Realmente, en ese mismo discurso del Papa había otro párrafo que aclaraba el sentido de aquel que suscitó tan enconada confrontación:

«Existe, debe existir, una unidad fundamental, que es anterior a todo pluralismo y es la única que permite al pluralismo ser no sólo legítimo, sino también deseable y útil. La coherencia con los propios principios y la consecuente concordia en la acción por ellos inspirada son condiciones indispensables».

Cuando el Papa pedía un “compromiso unitario”, estaba refiriéndose precisamente a esa unidad en torno a los valores que es el fundamento para un sano pluralismo: la “coherencia con los propios principios” y la “consecuente concordia en la acción por ellos”. El Papa nunca negó la legitimidad del pluralismo político para los católicos: simplemente subrayó que tiene límites, dados por la unidad en torno a los valores cristianos.

Seis años después del Congreso de Loreto, otra polémica, provocada por una interpretación errónea de unas declaraciones del Cardenal Ruini, Vicario del Papa para Roma y Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, que habían sido sacadas de contexto y proporcion por la cobertura sensacionalista de la prensa, confirmaría que éste era el análisis correcto. El Cardenal había pedido el *«...compromiso unitario de los católicos en el ámbito político (...) en la forma respetuosa que el Santo Padre ya usó en el Congreso de Loreto».*

La prensa publicó titulares como “los obispos piden el voto para la Democracia Cristiana”, ante lo cual el Cardenal Ruini aclaró que *«la unidad política de los católicos se refiere a los valores, a los contenidos que debemos intentar vivir en el tejido social».*

La tensión entre el cristianismo de presencia y el cristianismo de mediación se ha acentuado en la medida en que se han enfocado estas opciones como contrapuestas e irreconciliables. Habría que decir que es *«...una polaridad que se ha planteado de manera diferente en los diversos contextos y momentos históricos»*⁶

Afortunadamente se hacen oír cada vez más las voces conciliadoras, que tratan de mostrar la complementariedad, más que la oposición, entre ambas tendencias. Estando el debate presencia-mediación en pleno apogeo, en 1991, los obispos españoles publicaron unas amplias «Líneas de acción y propuestas para promover la corresponsabilidad y participación de los laicos en la vida de la Iglesia y en la sociedad civil». En su número 49, el documento expresa: *«La presencia pública de la Iglesia es una exigencia de su misión evangelizadora. Esta presencia no está motivada por una falta de reconocimiento de la legítima autonomía de lo secular, ni está orientada a la configuración de una sociedad neo-confesional. Sin embargo en los últimos años ha surgido una apasionada polémica entre los partidarios de dos modalidades, pretendidamente enfrentadas, de presencia y actuación de los católicos en la vida pública: entre los llamados "cristianismo de presencia" y "cristianismo de mediación". Conviene superar la sospecha de considerarlos como modelos exclusivos y excluyentes y la tentación de tomar una opción parcial y, por lo mismo, reduccionista...»*

⁶ Fernando Fantova, *Problemática pastoral en los núcleos urbanos*, Bilbao, octubre de 2000. En www.fantova.net.

... "presencia" y "mediación", o presencia pública eclesial y participación de los católicos en las instituciones seculares, son modalidades distintas pero no alternativas, ni exclusivas o excluyentes de la presencia y actuación de la Iglesia y de los católicos en el mundo»⁷.

El teólogo español Raúl Berzosa ha afirmado: «Presencia mediadora y mediación presente. La disyuntiva o alternativa entre presencia y mediación ha quedado superada. Para que se me entienda, cito algunos ejemplos: ¿Qué se requieren, escuelas católicas (presencia) o católicos en la escuela pública (mediación)? ¿Medios de comunicación católicos (presencia) o periodistas católicos en los medios públicos (mediación?)...

...necesitamos las dos realidades: un cristianismo de mediación, con subrayado militante, y un cristianismo de presencia con subrayado de comunidad.»⁸

Vale aquí la recomendación del Concilio: «Muchas veces sucederá que la propia concepción cristiana de la vida les inclinará en ciertos casos a elegir una determinada solución. Pero podrá suceder, como sucede frecuentemente y con todo derecho, que otros fieles, guiados por una no menor sinceridad, juzguen del mismo asunto de distinta manera. En estos casos de soluciones divergentes aun al margen de la intención de ambas partes, muchos tienden fácilmente a vincular su solución con el mensaje evangélico. Entiendan todos que en tales casos a nadie le está permitido reivindicar en exclusiva a favor de su parecer la autoridad de la Iglesia. Procuren siempre hacerse luz mutuamente con un diálogo sincero, guardando la mutua caridad y la solicitud primordial por el bien común»⁹.

En Cuba

Quiero cerrar este tema de la presencia y la mediación haciendo referencia a cómo lo hemos vivido en Cuba.

A menudo nos referimos con admiración a la labor que desplegó la Iglesia en Cuba, especialmente durante el segundo cuarto del siglo XX, y al papel que en esa labor desempeñó el laicado, tanto las cuatro ramas de la Acción Católica Cubana como otras asociaciones de fieles. En ellas tuvimos ejemplos de presencia y de mediación. La Acción Católica Cubana, cercana en su estilo a sus homólogas española e italiana, favoreció más bien la mediación: pensemos en la actuación de la Juventud Universitaria Católica o la Juventud Obrera Católica y su activa participación en las diversas organizaciones estudiantiles y sindicales de su época. El Centro Católico de Orientación Cinematográfica, sin embargo, nacido de la propia Acción Católica, asumió preferentemente un estilo de presencia, con su revista católica Cine-Guía y su Cine-Club católico con numerosas filiales en todo el país, todos con excelentes relaciones con la laica Universidad de La Habana y la comunista sociedad cultural Nuestro Tiempo, pero desde una posición independiente, con una identidad católica públicamente reconocida.

La Iglesia tenía escuelas católicas, confesionales, en las cuales, por ejemplo, la asistencia a la misa dominical era obligatoria. No puede decirse, sin embargo, que tal modelo fuera particularmente eficaz en cuanto a la evangelización de los alumnos. Siempre recuerdo que el recordado Monseñor Fernando Prego, que fuera el último obispo de Cienfuegos-Santa Clara y primero de Santa Clara, acostumbraba a relatar que, ya después del triunfo de la Revolución, conversaban en una recepción tres obispos católicos y tres ministros del gobierno. Los tres ministros eran ex alumnos de escuelas católicas, mientras que los tres obispos habían estudiado en la escuela pública.

Muy pronto después de 1959, las posibilidades de un cristianismo de presencia, con instituciones católicas públicamente reconocidas, desaparecieron casi totalmente, con la supervivencia de apenas algunas obras asistenciales, y sólo fue posible para los laicos católicos en Cuba vivir un cristianismo de mediación. Durante mucho tiempo, el anuncio evangelizador quedó en gran medida limitado al testimonio personal de los cristianos. Después del ENEC, sin embargo, la Iglesia fue recuperando formas de presencia pública –todavía muy limitada–, y hoy día coexisten en forma armónica expresiones del cristianismo de mediación, que se ha mantenido durante todos estos años como predominante, con expresiones de cristianismo de presencia a través de publicaciones católicas, centros católicos, tanto culturales como de educación no formal, y una amplia red asistencial, entre otras.

Este cambio se ha logrado a través del diálogo, el mismo que tal vez faltó entre los cristianos que tanta animosidad han desplegado en los debates sobre la superioridad de sus propias opciones por un estilo de relación con el mundo.

No hay mejor forma de vencer celos y suspicacias, prejuicios y resentimientos, que conociendo mejor al otro y dándose a conocer mejor, abriéndose a él y promoviendo –y aceptando– que se abra a nosotros. Con Pablo VI, podemos decir que «...la relación entre la Iglesia y el mundo... puede representarse mejor por un diálogo¹⁰».

⁷ Conferencia Episcopal Española, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, documento aprobado en la LV Asamblea Plenaria de la CEE, 19 de noviembre de 1991 .

⁸ Raúl Berzosa, *El desafío cristiano hoy: anunciar «con frescura y realismo» a Jesucristo*, en Juventud y familia misionera, www.demisiones.org/mexico/boletin/index.phtml

⁹ Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual Gaudium et spes* N. 43c

¹⁰ Pablo VI, *Ecclesiam suam*, N. 30

Diálogo

Es precisamente porque he podido constatar durante estos años el poder extraordinario del diálogo que quise comenzar este trabajo con un exergo de esa gran lección que es la encíclica *Ecclesiam suam*, y quiero también terminar refiriéndome a lo que ella nos enseña al respecto.

Es precisamente esta palabra, *diálogo*, y el concepto que expresa, lo que quisiera que quedara más profundamente grabado en nosotros cuando, terminada esta Semana Social, nos reintegremos a nuestro quehacer profesional habitual. Quisiera que los frutos que dejen estos días en nosotros se expresaran, sobre todo, en una voluntad de *diálogo*.

Diálogo es un término particularmente afortunado, que suscita una gran cantidad de asociaciones positivas: interrelación, comunicación, intercambio, todas ellas con connotación de enriquecimiento mutuo, de apertura al otro desde el reconocimiento y la aceptación cordial de su "otredad".

El diálogo, así enfocado, no es una circunstancia ocasional, una situación concreta en la que se ve uno involucrado en un momento dado. Es un estilo, una actitud hacia la vida y hacia los demás, un modo de ser y de relacionarse. El diálogo es ajeno a mimetismos y simulaciones, cualesquiera que sean las motivaciones de éstas. Cuando es verdadero, sólo se da desde la propia identidad, serenamente expresada en forma claramente reconocible.

Seguidores de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, nos reconocemos poseedores de la Verdad al mismo tiempo que tratamos humildemente de acercarnos a ella. Estamos abiertos a los elementos de Verdad que nuestros interlocutores nos puedan aportar porque sabemos, como el Apóstol, que ahora vemos oscuramente, como a través de un mal espejo. Pero decimos como Machado:

«¿Tu verdad?
No, la Verdad.
Y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.»

Como laicos que hacemos presente a la Iglesia en el corazón del mundo, y traemos los gozos y esperanzas, los desvelos e impacencias del mundo al corazón de la Iglesia, tenemos la responsabilidad de abrir las vías de comunicación necesarias para que ese intercambio crezca y se intensifique. Sólo lo lograremos si somos hombres y mujeres de diálogo, de un diálogo caracterizado por la claridad, la afabilidad, la confianza y la prudencia, como lo recomienda Pablo VI. Es un diálogo así el que toca y abre los corazones.

Termino compartiendo con ustedes una idea. Mis amigos más cercanos seguramente ya me lo han oído alguna vez, porque desde que la leí me resultó tan inspiradora, que la tengo continuamente presente. Cuando la revista *Palabra Nueva* recibió la Medalla de Oro de la Unión Católica Internacional de Prensa, el cardenal Jaime Ortega pronunció un discurso en el que hablaba de los retos del comunicador católico. Ese discurso –cuya lectura recomiendo muy encarecidamente a los que no lo conozcan– abunda en ideas y propuestas significativas, pero hubo una en particular que me llamó especialmente la atención: fortines y puentes –destacó el cardenal– se construyen con los mismos materiales. Pese a que están hechos básicamente con los mismos materiales, los primeros dividen y amenazan, soberbios, mientras que los segundos comunican y unen, humildes. Hace ya tiempo que convertí esa idea en un propósito, y ahora quiero invitarles, porque la Iglesia y Cuba lo necesitan, a que lo hagan también suyo.

Invitamos todos nuestros materiales en construir puentes. Mejor aún, seamos, nosotros mismos, puentes. □